

REVISTA CHILENA,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

I

DIEGO BARROS ARANA.

TOMO II.

SANTIAGO.

Jacinto Nuñez, editor,
IMPRENTA DE LA REPUBLICA.

—
1875.

EL CEMENTERIO

EN EL DIA DE TODOS LOS SANTOS.

I.

Desde que el papa Bonifacio IV, en el siglo VII, estableció la festividad de Todos los Santos, ha sido costumbre jeneral entre los pueblos cristianos concurrir al cementerio i visitar las tumbas de sus antepasados i adornarlas con flores. No era éste, sin embargo, el objeto de la festividad, porque no se trataba de honrar la memoria de los difuntos ni de rogar por ellos, sino de honrar a todos los santos, particularmente a aquellos de que no tenemos noticia, i dar gracias a Dios por la felicidad que les ha concedido. Pero el pueblo, falto de instruccion, deja a los santos tranquilamente en su gloria, i dedica la fiesta a honrar a los muertos, ya adornando profusamente las tumbas, ya elevando al cielo repetidas preces i mandando aplicarles misas a fin de hacerlos salir del purgatorio ántes de que cumplan su condena; i aun cuando se tenga indicios inequívocos de que están en el infierno, siempre se hace algo por ellos, siquiera sea para la propia satisfaccion. Costumbre piadosa, ciertamente, i de mucho mas provecho que la primitiva, porque aunque es cosa loable honrar a los santos, es mas conveniente para todos el ayudarse recíprocamente a salir de penas.

Tambien en Santiago se ha seguido esta costumbre desde que hai cementerio; pero aquí como en muchas otras partes, el pueblo habia tomado la fiesta por su cuenta, i la habia desnaturalizado

hasta el extremo de convertirla en una fiesta profana, en una orjía inmensa, escandalosa, hirviente, que se hacia al rededor de las tumbas. El harpa i la guitarra, las mujeres i el ponche, producían una embriaguez contagiosa, una especie de locura que hacia bailar a los viejos i apagaba los tintes del rubor en las mas frescas mejillas.

¿Qué era entónces de los santos i de los muertos?

Maldito si álguien pensaba en semejante cosa. Habian venido a ser nada mas que un pretesto para abandonarse al desenfreno de la orjía. Por consiguiente, nada habia mas distante de aquello que el objeto que se propuso la Iglesia al establecer la fiesta, esto es, inspirarnos un gran deseo del cielo i la heróica resolucion de ser santos. I era inútil que las bóvedas del templo resonasen con la *Epístola*, que nos hace ver que el cielo está poblado de santos de todos tiempos i países; con el Evangelio, que nos indica las virtudes que debemos practicar para llegar al cielo; con el *prefacio*, que nos dice que los santos son nuestros hermanos que nos ayudan con sus poderosos ruegos; i en fin, con las *vísperas*, que nos recuerdan que somos desterrados i que debemos suspirar por la Jerusalem celestial, nuestra verdadera patria. Como el pueblo confiaba bastante en la eficacia del clero, le dejaba a él solo el cuidado de honrar a los santos el dia 1.º de noviembre i de orar por los difuntos el dia siguiente, segun la costumbre orijinaria del Franco-Condado en el siglo X.

Sin duda que habia en esta conducta una verdadera profanacion religiosa i un atentado contra la moral i las conveniencias sociales; pero esto no estaba al alcance de la intelijencia de aquel pueblo embrutecido por un fanatismo grosero i materializado por prácticas idolátricas que todo lo hacian consistir en la forma esterna del culto. Se creian en el deber de visitar el cementerio i lo visitaban: en seguida quedaban autorizados para abandonarse a todos los excesos. Habian cumplido con su deber religioso, luego, tenian derecho para divertirse.

El deber consistia en ir, i ellos iban; pero como el deber concluia tan pronto como habian llegado, iban siempre preparados para aprovechar su permanencia en el sitio. Por este motivo la espaciosa avenida de la Cañadilla, que conduce al cementerio, se veia el 1.º de noviembre invadida por carretas llenas de hombres i de mujeres engalanadas, que conducian consigo harpas i guitarras, damajuanas con licor, silletas, canastos llenos de fiambres, peda-

zos de estera i de alfombra, i todo cuanto habian menester, no para honrar a los santos ni orar por los difuntos, sino para pasar el rato alegremente despues de cumplido el sagrado deber de visitar el cementerio. Con tales preparativos i hechos en tan inmensa escala, las orjías se prolongaban hasta horas avanzadas de la noche, i los hospitales se llenaban de heridos procedentes de dichas orjías.

Pero esta supersticion escandalosa i bárbara no podia ser tolerada por largo tiempo, i la autoridad local se vió precisada a tomar medidas represivas i severas. La policía intervino, se prohibió el licor, se hizo levantar las carpas al caer la tarde, i con el trascurso de algunos años los antiguos escándalos desaparecieron.

II.

Merced a las medidas que acabamos de recordar, el día 1.º de noviembre es actualmente un bello día en nuestro cementerio. La fiesta ha recobrado su carácter i en parte su objeto. Las tumbas son adornadas con preciosas guirnaldas i coronas de flores dispuestas de una manera artística, i en esos adornos hai poesía, ternura, encanto, algo que habla al corazon, que interesa la inteligencia i atrae las miradas del mas indiferente. Sobre todo hai en ese homenaje póstumo un no sé qué de consolador, porque en el fondo de todas esas vanas esterioridades se ve, se siente viva i palpitante la fé i la esperanza de todo un pueblo de creyentes.

Dos son los principales sentimientos que pueden conmover a un hombre en presencia de una tumba: la fé relijiosa i el amor por la persona que encierra. Ordinariamente se encuentran ambos en una misma persona, sobre todo entre la jente ignorante i sencilla, i en tal caso es indescriptible la sensacion que se apodera del alma: se establece en el corazon una lucha de afectos i de aspiraciones contradictorias que trae las vacilaciones de una perplejidad dolorosa i cruel. La idea relijiosa lleva la mente hácia la rejion desconocida en que se cree que podrá gozar eternamente de la presencia de Dios, lo cual constituye la suprema felicidad. Por consiguiente, la idea relijiosa no nos permite dolernos de la muerte de los que amamos: es algo que va un poco contra los sentimientos naturales, porque no es lójico, ni justo, ni caritativo dolerse del bien ajeno, i como el cielo es el supremo bien, debemos desearlo para los nuestros mas bien que temerlo. Por otra parte, el amor

que nos inspiraba el muerto no nos permite consolarnos de haberle perdido, i apartando la vista de toda felicidad de ultratumba, cualquiera que sea, nos desesperamos al pensar en la imposibilidad de recobrarle.

Pero sucede algo de mui curioso en las personas en quienes co-existen la fé relijiosa i el amor profano, i es que consideran la muerte como una desgracia cuya magnitud corre parejas con la de su amor. Si este es inmenso, la muerte ha de ser precisamente una desgracia inmensa apesar de la relijion, que dice todo lo contrario. En estas almas vulgares i egoistas por mas sincera que sea la fé relijiosa, palidece siempre en presencia de los afectos vehementes que las ligan a otras almas; i les sucede otro tanto respecto de sí mismas. Por la fé saben que les aguarda la suprema felicidad, pero para alcanzarla no están dispuestos a despojarse de ninguno de los bienes de este mundo: por el contrario, luchan contra la mala fortuna con el mismo esfuerzo que con la enfermedad, a fin de evitar la pobreza i la muerte, dos cosas que conducen al cielo en línea recta.

En una persona intelijente esta contradiccion de sentimientos argüiria indudablemente falta de fé, pero en la jeneralidad de los creyentes arguye sencillamente falta de intelijencia i aun de buen sentido. Tambien se le podria buscar un asiento material a esta sensacion en la impresibilidad nerviosa, o un asiento moral en la conciencia culpable que teme a la justicia, apesar de que reconoce la misericordia infinita del juez. Las numerosas observaciones prácticas que poseemos nos permiten señalar el misticismo como la causa principal de esta supersticion, que constituye una verdadera enfermedad del espíritu.

Algo mui distinto pasa en el alma del racionalista i del filósofo que se detienen delante de una tumba en donde reposa un sér querido. Si ellos no son una negacion, son por lo ménos una duda irresoluble, i por consiguiente no son nada en todo lo relativo a la vida de ultratumba. I siendo así ¿qué viene a ser para ellos la muerte? Es únicamente un fenómeno material que se verifica en virtud de las leyes naturales que conservan la sustancia por medio de las metamorfosis sucesivas. Por lo tanto en la muerte de un sér querido no hai para ellos otra cosa que una separacion violenta e irremediable, una pérdida sin reparacion, una verdadera desgracia. Es cierto que el filósofo no puede olvidar por un momento que aquello no es otra cosa que un fenómeno natural, pero tam-

bien es verdad que no hai consuelo alguno cuando este fenómeno se verifica fuera de las condiciones naturales, sobre todo de la edad calculada como término medio de la vida. De aquí nace esa amargura profunda, esa tristeza desgarradora con que se contempla la tumba que encierra al objeto de nuestro amor. El cuerpo conmovido por una fuerza electro-magnética cuya naturaleza i propiedades aun no conocemos pero que indudablemente reside en los centros nerviosos, experimenta una sacudida titánica i desearia desprender de sí una chispa del fuego que le abraza, una parte de su vida para animar de nuevo los restos mortales que contempla. I esta conmocion mórbida de la economía suele ser a veces tan violenta, que basta para matar al individuo instantáneamente. Por eso vemos a tantos morir abrazados de un cadáver a quien pretendian dar un último adios. Es que en esos momentos la filosofía es impotente para mantener el espíritu en la rejion serena de las ideas, i el espíritu, reaccionando sobre la materia, la mata.

Sensaciones mui diversas experimenta el racionalista que visita un cementerio con su espíritu despreocupado i su corazon tranquilo. Su mente se eleva entónces, i meciéndose en las altas rejiones de la filosofía trascendental, llega atrevidamente hasta el trono de la Divinidad para demandar a Dios el secreto de su propia existencia.

—¿Quién soi? se pregunta. ¿Por qué he venido i para qué? Antes de venir ¿qué era? ¿Qué seré despues de ido? En fin ¿a dónde voi?

Por todos lados oye que los hombres le contestan, incurriendo en contradicciones que no tendrán fin mientras vivan.

—La verdad, le dicen, no es ni puede ser mas que una i nosotros somos sus únicos depositarios. Cristo es Dios.

—Te engañan porque quieren perder tu alma, le dicen otros. No hai otra verdad que la nuestra. Alhá es Dios i Mahoma es su profeta.

Cien mil, talvez un millon de otras voces llegan a sus oídos i forman otras tantas contradicciones; por consiguiente, no le es posible ver claro, i mucho ménos juzgar i pronunciarse. Mientras tanto el hecho práctico se levanta ante sus ojos asombrados; las tumbas están abiertas; los cadáveres obedecen sin resistencia las leyes de las metamorfosis orgánicas. En la muerte no ha habido ninguna lei ni proporcion apreciable respecto al objeto de la existencia, porque si bien algunos han vivido el período ordinario o

el promedio, otros solo han vivido un dia o algunas horas. Estos últimos ¿habian venido al mundo sin ningun destino? I si tenian alguno ¿está subordinado el destino del hombre a las contingencias del mundo físico?

¿Qué es, pues, la vida?—Misterio.

I la muerte ¿qué es o qué será?—Misterio tambien.

I entre estos dos misterios no le queda al espíritu humillado otro campo que el de las hipótesis atrevidas o el de las locuras extravagantes. En este campo nació el paganismo.

III.

Hemos recorrido a la lijera los tipos mas notables que llaman la atencion del observador en un cementerio cristiano el dia 1.º de noviembre, pero estamos léjos de haber recordado ni siquiera la mayor parte. A esos tipos formados por líneas fuertemente acentuadas i que revelan un carácter, una constitucion o un temperamento, hai que agregar una multitud de fisonomías que podemos llamar *mudas* porque nada revelan, ni siquiera la existencia de una alma racional, de una alma que piensa o que es capaz de pensar. Estas caras estúpidas se pasean por entre las tumbas como lo harian por entre cajones vacios a la puerta de los almacenes. Miran las lápidas, leen las inscripciones, sonrien i pasan. Ahí no hai para ellas ni siquiera un recuerdo, mucho ménos una idea: no hai nada. I este tipo es el que mas abunda: es como la tierra, que se encuentra en todas partes i sobre la cual se levantan las construcciones. Es un elemento inerte.

Esta variedad de tipos basta para dar una idea del cuadro que ofrece un cementerio el dia de su gran fiesta. Aquí una piadosa mujer eleva humildes preces al cielo, convencida de su incontestable eficacia; a medida que ora, la serenidad vuelve a su semblante i su espíritu descansa. Prodijios de la fé.

Mas allá una lujosa matrona acompañada de sus hijas, que se han hecho una *toilette* espléndida, deposita sobre un mausoleo guirnaldas i coronas preciosas, las que deben tener siempre el mérito de ser mejores que las del vecino. Si son iguales o inferiores, el trabajo está perdido, el alma del difunto no lo agradece i la matrona se retira humillada.

Si levantais un poco la cabeza divisais por todas partes a esa multitud indiferente de que acabo de hablar, invadiéndolo todo i

derramándose como una tropa sin cencerro. Estos son simples curiosos que no van a visitar el campo santo sino a ver los mausoleos, las flores i las mujeres. Leen las inscripciones para comentarlas i reir a costa de su autor.

Si apartais la vista de esta multitud necia descubris de vez en cuando, al borde de alguna tumba apartada i modesta, jeneralmente, a algun jóven de rostro melancólico i de mirada fija que mira de hito en hito una lápida. Os acercais i podeis leer: «Fulana de tal, de 15 a 20 años.» O bien descubris una cabeza cana, mejillas descoloridas, frente arrugada, ojos pequeños i hundidos pero brillantes todavía con el fuego de la intelijencia, que miran alternativamente la lápida i la bóveda celeste i que parecen interrogar un no sé qué que les rodea i que ellos no ven. Es el padre o el esposo que recuerdan una separacion dolorosa i eterna, o bien el filósofo que medita i se confunde sin poder disipar una duda ni formar una conviccion medianamente aceptable.

Si os reconcentrais en vos mismo para preguntaros qué significa en último resultado esa multitud de cadáveres que se descomponen para reducirse a polvo, i esa multitud de vivos que deben seguir fatalmente la misma suerte, ah! ¿dónde encontraríais la respuesta? Los ruidos misteriosos de la noche os harán pensar talvez en el espiritismo i os recordarán el consorcio de las almas o su transmigracion; pero si recobrais el uso de vuestros sentidos desechareis sin esfuerzo esa vana quimera. La razon calla, las alas de la mente no encuentran aire, los ojos del espíritu no encuentran luz.

Pero el hecho existe. La muerte es el hecho. Una capa de tierra cubre a diez jeneraciones, que han ido a sepultar ahí un tesoro de virtudes, de valor, de abnegacion, de nobles entusiasmos, i debajo de esa capa se ha estinguido para siempre el fuego de todas las pasiones, que poco ántes hacian del hombre una fuerza poderosa. Qué de reflexiones no fatigan en esos momentos la mente del libre pensador! Pero ¿a qué conclusiones arriba? No las conocemos.

No les pasa otro tanto a los creyentes de buena fé. Ellos saben que los dias del hombre están contados i que el destino de cada cual está escrito, por consiguiente ahí todo les habla en un lenguaje preciso i claro. De ahí viene que miéntras unos contemplan con tranquila resignacion la tumba de sus deudos, a quienes suponen en el cielo, otros se aflijen i lloran al contemplar a los suyos porque no están bien seguros de su buena fortuna de ultratumba. Fulano murió repentinamente ¿tendria tiempo de arrepentirse?

Fué jugador i enamorado i murió borracho ¿que habrá sido él? Es preciso rezar por él i rezar mucho; pero como su suerte es tan incierta, no valdrá para con él el rezo de los simples mortales. Se necesita que rece un individuo del oficio, un monaguillo con hábito bendito, i se llama entónces al monaguillo. De aquí el origen de esa industria, desconocida en la Iglesia de los primeros siglos, que consiste en rezar por los muertos mediante un corto estipendio, i ejercida por personas consagradas al culto i cuyas oraciones, por eso mismo, son o deben ser mas eficaces que las de los legos. Por mas que los profanos rian de esta supersticion, ella no podrá dejar de existir miéntras sea lucrativa.

En resúmen, el cementerio en el dia de su fiesta no es otra cosa que una imájen grotesca i confusa de la vida misma. Miraje brillante o sombrío, segun el espectador, se desvanece como un fantasma ante la mirada investigadora que busca la verdad. El soñador encontrará en él realidades ficticias, pero sublimes, que le harán creer, pensar i esperar; mas el filósofo solo encontrará el desencanto de una bella ilusion desvanecida.

Santiago, noviembre 2 de 1874.

JOSÉ M. TORRES ARCE.
